

BLANCA

(A Anna Fernández Ortiz)

Con la llegada del otoño, cuando el sol cruza el Ecuador en su viaje hacia el sur, los árboles cambian de colores en la región central de Inglaterra y los estudiantes empiezan a llegar a la Universidad de Warwick. Es el comienzo del nuevo año académico y pronto el campus universitario se llena de una nueva generación de jóvenes.

Uno de estos jóvenes, se instaló cómodamente, en una vieja roulotte, en una esquina del aparcamiento para vehículos enfrente del Centro de Deportes. El estudiante que, según supe más tarde, se llamaba Tom, tenía el pelo largo, vestía como un hippy y estudiaba italiano. Tom se había traído con él una cabra. La cabra era blanca, con un alargado hocico, orejas puntiagudas, unos pequeños cuernos y largas barbas. Los ojos, su rasgo más interesante, eran dos hendiduras horizontales, cerca de las orejas, con un iris muy pálido de mirar intenso. La cabra, atada a la roulotte con una larga cuerda, solía errar libremente por el césped moviendo su corta cola.

Todos los días, de camino a mis clases, me cruzaba con la cabra, que siempre me miraba inquisitivamente. A veces, se me acercaba, se paraba de pronto y después, dando la vuelta, se alejaba de mí. A Tom no le gustaba madrugar; por lo tanto, siempre estaba sola cuando yo pasaba. Su suave lana blanca estaba bastante sucia y era más larga por debajo del vientre; además, apestaba.

Un día, al volver a casa del trabajo, me encontré con Tom que estaba jugando con la cabra y le pregunté cómo se llamaba. Me dijo que no tenía nombre; que era de su abuela y que se la había regalado, cuando ella se mudó a un bungalow. Le dije si le parecía bien el nombre de Blanca. Tom dijo que le gustaba el nombre y así es como empezamos a llamarla.

Casi todos los días, al pasar por la parcela en donde estaba Blanca, le dejaba las sobras del día anterior: las hojas exteriores de la lechuga, la piel de las manzanas y peras, pedazos de pan etc., y, lo que más le gustaba, arroz blanco con aceitunas negras. Cuando me veía llegar, ya se acercaba sin llamarla. Al principio, con un poco de recelo, como si no me conociera, después con un alegre trote. Con el pasar del tiempo, incluso me acompañaba unos metros casi hasta el cruce de la carretera.

Tom me decía que el domingo me esperaba y al no verme llegar, cabeceaba como si preguntara -: ¿Dónde estará este hombre?-. Tom le decía que yo no trabajaba los domingos, pero que el lunes le traería arroz con aceitunas negras. Esto parecía calmarla.

Aunque Tom vivía feliz en su roulotte, Blanca, sus clases y algún trozo de pastel de manzana, que yo le llevaba, la Universidad no estaba muy contenta con él. Tom, de cuando en cuando, me enseñaba las cartas que le mandaba la Administración de la Universidad, que con el paso de las semanas se volvían más amenazantes. A mí me hubiera gustado ayudarlo, pero Tom estaba quebrantando todas las regulaciones de la Universidad.

Como parte de mi método de enseñanza, a veces llevaba a estudiantes hispánicos a mis clases para que hicieran preguntas a mis estudiantes y éstos pudieran practicar un poquito su español con ellos. Un día le dije a Tom si me dejaría a Blanca para presentársela a mis estudiantes. La idea le pareció un poco descabellada y, al mismo tiempo, graciosa; así que, con su permiso, decidí hacer la presentación el lunes de la última semana del trimestre, antes de la Navidad.

Por fin llegó el día de la presentación. Le puse una larga correa de maleta alrededor del cuello y la llevé al Centro de Lenguas. Los estudiantes ya estaban esperando en el aula del español. Até a Blanca a la pata de una mesita que había en el vestíbulo y entré en el aula. Les dije que había traído a una amiga y los estudiantes me hicieron las preguntas de costumbre... nacionalidad, edad, ocupación, pasatiempos, aspecto, etc. Una de las cosas que les hizo mucha gracia, fue saber que olía muy mal. Cuando les pregunté quién era, una estudiante dijo: -¡Salvador, seguro que es una burra!

Finalmente, Blanca hizo su entrada triunfal en el aula, dócil y tímida, sabiendo que era el centro de atención de toda la clase.

Nunca me hubiera pensado que su llegada causaría tanta sorpresa, risas y algarabía entre mis alumnos: ¡Qué bello ver a mis estudiantes, volver a ser niños!

El único que no estuvo muy contento ese día fue Mr. Evans, el director del Centro de Lenguas, al ver que Blanca se había desayunado la planta que él tenía encima de la mesita del vestíbulo.

Cuando volví a la Universidad, después de las vacaciones de Navidad en España, vi que la roulotte, Tom y Blanca ya no estaban en su parcela. Unos días más tarde, supe que Tom, después de ser desalojado a la fuerza por la Administración, había dejado la Universidad y había encontrado trabajo en una granja. A pesar de haber preguntado a varios colegas y estudiantes, nadie me pudo dar la dirección de la granja.

A veces, cuando paso por el aparcamiento, imagino ver a Blanca retozando alegremente a mí alrededor. Aunque me invade una triste añoranza, me consuela el pensar que Tom y Blanca viven libres y felices en algún lugar de la verde campiña inglesa.

Salvador Ortiz-Carboneres

Honorary Fellow
Universidad de Warwick